

HACE pocos días se ha publicado en Barcelona una hermosa novela del chileno Jorge Edwards, titulada "Los convidados de piedra". El desnudo esqueleto del relato sorprende, entre las continuas sorpresas de las cajas chinas y los vasos comunicantes, por los floridos jardines del Santiago pinochetista, en el epicentro de la memoria recobrada de aquella clase orgullosa, criolla y analfabeta que celebró con champán la caída de una de las grandes esperanzas latinoamericanas contemporáneas: Salvador Allende. Los convidados de piedra, directa referencia del título, son aquellos compañeros de esa clase que se fueron "resintiendo", desgajando por unas u otras razones: la droga, la marginación alcohólica, la elección de la soledad, el "voyeurismo" escéptico o la misma revolución allendista. Como es lógico, el primer convidado de piedra — como antes "persona non grata" — es el propio Jorge Edwards, gran sarcástico del ritual de la venganza.

Edwards y yo, en estos días, hemos gastado horas, largas horas en hablar de Chile, de América Latina (ya se sabe...), de Canarias. El diálogo, primero sorpresivo, fue paulatinamente convirtiéndose en "consenso" de sonrisas: él contaba, yo asentía; yo contaba, él asentía. Sonreíamos a pesar nuestro: los problemas y ambiciones de esa clase criolla y analfabeta chilena a la que él hacía alusión en la novela eran idénticos, los mismos, que yo, sin mucho esfuerzo, trataba de explicarle arrastraba la clase burguesa, analfabeta y criolla de las islas Canarias: ¡qué importa que sean laguneros o de Vegueta, si el modo de actuación los delata como protagonistas del franquismo póstumo, como ayer los delataba cómplices del imperialismo español! Entre copas de distanciamiento y tristeza, entre el pesimismo intelectual y una cierta automarginación (resentimiento, dicen los criollos; en efecto: desde chiquitito me quedé algo resentido de este pie...) determinista, le comentaba a Edwards que Canarias iba indefectiblemente a la independencia, lo que no sorprendió mucho al ex diplomático chileno; pero que no, le dije, que Cubillo y los "cubillos" del interior no eran protagonistas sino cómplices — probablemente inconscientes — de la ambición de esa burguesía insular, criolla y analfabeta de Canarias que va a cumplir en breve plazo el menester que le tienen reservado los grandes capitales internacionales. Desplazar a los hoy separatistas es cosa fácil para ellos. Explotar las islas, lo que hicieron siempre. Confundir su identidad, su afición secular. Y cuando el problema "Canarias" pasa a ser insoluble, se convierte en rémora para el Estado español (comentaba yo), la solución que se brindará a los convidados de piedra de este nudo gordiano es de suponer que sea la alternativa de independencia violenta/independencia no violenta. A este tipo de disyuntiva — y, sobre todo, a la elección del segundo presupuesto — van dirigidos todos los alardes de las agencias informativas internacionales y los esfuerzos de quienes en este país (donde, para mí, sólo ha cambiado un tercio: el retrato del dictador por el del Rey) dirigen y representan los intereses económicos multinacionales. Escribe García Márquez, en las primeras páginas de "Cien años de soledad", que hubo un tiempo (el de Macondo) que las cosas no tenían nombre y para nombrarlas había que señalarlas con el dedo: aquí nos conocemos

tanto que, aunque sepamos el nombre, prefero señalar con el dedo.

El diplomático chileno sonreía y asentía. Contaba después la escena jocosa en la que el viejo y moftetudo senador Chamberlain jugaba al golf en las verdes praderas de Bandama con Stevenson, Krüger, Smith, Walker y Rodríguez Bermúdez. Entre hoyo y hoyo, el senador ahuyentaba los fantasmas de la traición y musitaba el archipiélago es mío, el archipiélago es mío, mientras los generales otánicos le daban golpecitos en la espalda, discutían entre sí sobre las playas y el clima insular: una auténtica maravilla, comentaban en un español aprendido en Argentina y Chile, en Nicaragua o Paraguay.

Canarias

LOS CONVIDADOS DE PIEDRA SOMOS NOSOTROS

J. J. Armas Marcelo

Sonrió Edwards. Le gustaba la novela. Le encantaban los párrafos que le leía de "Calima", novela aún inédita y que, a no dudarlo, será catalogada por los críticos — como el "Crimen", de Agustín Espinosa — como surrealista.

Cualquier sospecha puede quedar en el aire. Cualquiera, menos la sospecha de la razón de Estado, argumento que ha servido a todos los traidores del mundo para esconderse tras la máscara de una falsa ética (Jorge Semprún, "resentido" de los sicarios fascistas y stalinistas ha filmado Section Spéciale, Z y La confesión, sobre el particular). Es por eso, probablemente, por la repugnancia que siento por la "razón de Estado" por lo que he podido sobrevivir al margen de las tentaciones de la política activa. Por eso y porque intelectual — y en tanto que tal "resentido" — mantengo y aumento mis prevenciones contra el poder (¿ves por qué hay que decir que no, aunque ellos se hayan adelantado a informar sobre tu pasado de "expedientado" para evitar con procedimientos francamente fascistas que nos salgamos del plato?). De ahí que me aferre a Glucksman y a Levy, como hace diez años a Cohn-Bendit y Sauvageot.

Eso, el automarginamiento intelectual (a veces malentendido por propios y extraños) no exime de ideología y de estética: esta ocasión era la otra vez ("Erase otra vez, otro perro", escribe Ionesco). Ni exime de hablar, de opinar, de saltar al ruedo y exponer tu criterio, so pena de quedar reducido al silencioso e impotente papel de don Tancredo.

Le contaba al chileno Edwards que los errores insulares eran prácticamente seculares: las leyes de Mendel — salvo honrosas excepciones que las confirman — se cumplen en las islas con los presupuestos dogmáticos del axioma; de tanto en tanto aparece el

mercader (eufemismo), el fenicio ambicioso (eufemismo literario), el pirata, el bucanero que vende a su padre con tal de que se cumplan las leyes de Mendel, con tal de seguir siendo los mismos corsarios que llegaron a las costas isleñas hace siglos: de tal palo, tal astilla. El recuerdo de Mesa y López flota hoy de nuevo en el ambiente con ese tufllo de frustración histórica que esa clase lleva en sus venas de pescado podrido, la misma clase que provoca en clan el odio al godo en las reuniones nepóticas y que le sirve al mismo tiempo de coartada y exorcismo para ocultarse a sí misma y a los demás los errores meningíticos.

Hasta hoy, hasta la Junta de Canarias, en la que no entro ni salgo, pero mantengo criterio, podía pensarse en la esperanza de la región, en la última posibilidad de salir con buen pie de una crisis que ellos mismos han provocado, porque siempre — secularmente y hoy aún — han detestado los medios de producción de las islas. La catástrofe es hoy posible, perfectamente posible y probable gracias a la ambición del criollo y analfabeta insular, del orgulloso confusionista que no se recata en infundir su propia sangre meningítica al feto de la Junta de Canarias: ¡qué me importa que sean laguneros o de Vegueta, si son los mismos!

El papel de las izquierdas ya es menos bochornoso. Comparsas de un mismo juego se mantienen en sus puestos de combate, colaborando a la venta que se les viene encima o, ¿acaso Alemania no va a insistir en que España entre en la OTAN? Es una solución, una importante solución. Ya se sabe (y, si no, lo repito) que para mí el PSOE es lo que a Julio Cortázar el boxeo. Pero un ciudadano crítico percibe fácilmente cuando el combate está amañado y cuando los boxeadores, aunque uno los considere como tales, actúan con deterioro de su propia honestidad, de sus propios argumentos ideológicos. Los otros, la otra izquierda presente que elude sus presupuestos revolucionarios por un plato de lentejas, es la izquierda de las mil caras. Juega a enfermedad para evitar el compromiso de modo que como escribe Fernando Savater, "la crisis individual de algunos de sus miembros de la vieja escuela no enturbia el creciente peso de su influencia en una vida pública que se va conformando a su imagen y semejanza. No es precisamente paranoia sentir su omnipresencia, tampoco denunciar de vez en cuando sus manipulaciones, en los casos en que su clínico descaro no las exhibe por sí mismo".

La farsa jacta est. Ahora a esperar. Todas estas cosas le contaba a Jorge Edwards, "persona non grata" en Cuba, "convidado de piedra" en Chile, escritor e intelectual de cuerpo entero que asentía cuando le contaba estas cosas. Momento hubo, sin embargo, en el que no supe si contaba historia, realidad, novela, cuento o simple ficción. Le contaba de la hidra insular, le contaba de la desesperanza de la tierra en la que casi todos nos sentimos convidados de piedra. Le contaba sin saber si novela o realidad, sin saber si frontera entre las dos o las dos juntas. "Esta isla lejana en la que ahora vivo, es la isla de las maldiciones", escribió Agustín Espinosa hace más de cuarenta años y lo tildaron de surrealista. Como convidado de piedra no me queda otro remedio que entonar los escondidos versos de Neruda, los más lúcidos que produjo en un arrebatado de claridad mental: "Patria, palabra triste, como termómetro o ascensor". ¡Qué lejos el iluso y romántico almendro de Nicolás Estévez! ■